

Iván Jaksic Juan Luis Ossa (Editores).
Historia política de Chile, 1810-2010 Tomo I. Prácticas políticas.
Santiago de Chile, Fondo Cultura Económica- UAI, 2017, 506 págs.

El Tomo I de “Historia política de Chile, 1810-2010”, es la primera aparición de un esperado libro que presenta los avances más recientes de la investigación en el campo de la historiografía política nacional. Pensado como una contribución robusta, este primer tomo aborda solo una de las aristas del proyecto mayor, esta vez bajo la égida de los editores Iván Jaksic y Juan Luis Ossa.

La apuesta, de por sí arriesgada, consiste en evocar un viejo género historiográfico – la Historia Política con mayúsculas- y al mismo, mostrar su rendimiento a las luces de las nuevas especializaciones y focos que la problematizan y tensionan desde diferentes lugares y focos de análisis. En ese sentido, se trata de un esfuerzo por escarbar en viejos temas, pero con una nueva caja de herramientas teóricas y conceptuales, lo cual resulta de particular interés, sobre todo para el largo período de tiempo que cubre la obra, nada más y nada menos que 200 años de historia republicana.

El volumen consta de catorce capítulos y una introducción, en donde se hacen explícitos los objetivos globales y particulares del trabajo. Por lo mismo, la propuesta puede ser juzgada al menos en dos niveles. En primer lugar, como producto de cinco años de trabajo, en que los editores se esforzaron por “entender la política como eje aglutinador de la nación, arbitro de las diferencias y generador de proyectos de largo alcance”, tal como consta en la Introducción General. En segundo lugar, como presentación de “los principales procesos y eventos de la historia republicana chilena desde la perspectiva de las prácticas políticas”, como se señala al comienzo de la Introducción a este primer tomo.

Respecto al primer objetivo, podríamos señalar que el texto cumple de manera general con la promesa. No en vano es, por tanto, el primer tomo de una serie de cuatro, en donde se abordan las relaciones del Estado y La Sociedad, Los Partidos Políticos, Los Intelectuales y la relación entre política

y Economía. La característica principal de este primer volumen consiste en la opción deliberada de analizar la política como una actividad práctica, es decir, como un hacer. Este énfasis no resulta para nada anodino para los conocedores de la historia política decimonónica, que con justeza ha sido criticada por no resaltar el carácter profundamente práctico y/o estratégico de la actividad para refugiarse en los discursos, las semblanzas y la descripción rala de los cambios en base al texto jurídico. Vemos aquí claramente un intento por desmarcarse de esa tradición, proponiendo una historia donde lo material cobra más cuerpo, sin por ello obviar el mundo de las ideas.

Desde un punto de vista temático, los capítulos navegan al menos por tres grandes tópicos, que no necesariamente se siguen del orden en que se presentan los textos. Un primer eje que se distingue con nitidez es la preocupación por la relación entre política y violencia. Los tres primeros capítulos, firmados por Juan Luis Ossa, Joaquín Fernández y Augusto Varas, se inscriben en esta problemática, desde diferentes aproximaciones: la relación entre independencia y revolución; la noción de guerra civil; sobre el rol de los militares en la política. Este eje se cierra con los capítulos de Marcelo Casals sobre la relación entre Democracia y Dictadura y el texto de Brian Loveman y Elizabeth Lira, que presenta el tema desde un punto de vista general y transversal.

Una segunda preocupación que surge es por la reflexión sobre las instituciones y los grupos políticos. Allí encuentran lugar la reflexión de Andrés Baeza sobre el fenómeno del asociacionismo, el capítulo de M. Elisa Fernández sobre los partidos políticos, el excelente capítulo de Posada Carbó sobre las prácticas electorales y el texto de Luis Thielemann sobre el movimiento obrero y los movimientos sociales populares. Emergen en la mayor parte de estas contribuciones, un sentido práctico que se relaciona con la acción política, ya sea en el cuadro de las instituciones como en el espacio de la acción colectiva. Incluimos también en este segundo eje la contribución de Carla Rivera sobre la Prensa Liberal, el que reinstala la pregunta sobre la o las funciones políticas que desempeñan los medios de comunicación en el campo político central.

En el tercer tópico podemos agrupar lo que podríamos llamar las preocupaciones de corte social, donde se interroga la reflexión sobre política y mujeres, así como la relación entre política y cultura. En el primer caso, el capítulo de Maria Rosaria Stabili representa una forma elevada de esta reflexión, que se complementa muy bien con el capítulo de Elizabeth Quay y Maria Soledad Zarate, el cual cruza la noción de clase y media y género. En el segundo caso, la revisión que nos ofrece Carla Rivera hace justicia a la relevante simbiosis que se da en el caso chileno -aunque no solamente-

entre prensa y política. Cierre este eje la contribución de Patrick Barr-Melej, centrada en el análisis de política y cultura popular.

A pesar de la aparente unicidad, tanto la calidad como la densidad de los textos resultan dispar. Si bien todos los textos intentan jugar el juego del recorrido histórico por más de doscientos años, los resultados que cada uno entrega al lector son contrastados. Mientras algunos se atreven a problematizar esta periodización y dialogan con el concepto de prácticas, otros solo dan cuenta de un área de especialización.

La operación propuesta como hilo de fondo del tomo comporta sus riesgos. El primero de ellos, muy probablemente la principal¹, consiste en suponer que la definición de práctica política puede ser inferida a partir de la lectura de los propios capítulos. Desde un punto de vista conceptual, las nociones de prácticas políticas que movilizan los autores son, en nuestra opinión, demasiado heterogéneas. A ratos se extraña una definición sociológica más contundente, que tome partido desde un punto de vista más explícito sobre qué y cómo pueden ser entendidas las prácticas políticas, evitando con

ello una elasticidad conceptual que termina conspirando contra la propia coherencia interna del tomo.

Los efectos de esta indefinición quedan de manifiesto cuando el lector se pregunta si este u otro capítulo podría o no haber sido ubicado en otro de los volúmenes. De tal forma, la pregunta que siempre resuena en este tipo de obras colectivas es: ¿Cuáles son los límites que permiten al editor integrar o excluir una contribución? ¿Cómo deslindar aguas entre campos tan cercanos e imbricados? ¿Cómo integrar visiones teóricas e incluso políticas diversas en una obra colectiva, sin alterar el carácter unitario de la obra? Finalmente, ¿Cómo distribuir los capítulos para, más allá de que cumplan con un criterio compartido de períodos y objetos de estudio comunes, logren hacer dialogar ideas complementarias, que den cuenta de un campo que se pregunta y complejiza gracias a los nuevos métodos de comprensión y de análisis?

La tesis implícita del trabajo consiste en observar a la política como una actividad central, pero que actúa de manera transversal sobre diversas áreas. Creo que, sobre este punto, el volumen apuesta por una definición expansiva de la política. Se trata justamente de una actualización de un cierto relato decimonónico, que se traducía en la práctica en una enumeración infinita de fechas, lugares y personajes, hoy día puesta

1 Esta y otras críticas han sido reseñadas de manera abundante en la reseña que hizo del texto Manuel Vicuña "La historia política se toma la palabra", *Estudios Públicos*, N° 150, 2018.

de sobre manera en cuestión. No obstante, dicha actualización no está exenta de problemas, en la medida que esta definición expansiva comporta el riesgo de una cierta pérdida de especificidad de la política. Es decir, se trata de una tesis que va a contracorriente de la narrativa sobre la autonomía, siempre relativa, del campo político frente a otros campos, con los consecuentes riesgos que esta toma de posición supone.

En resumen, el texto que presentamos se juega por una definición minimalista, la cual tiene por supuesto sus virtudes, aunque también sus riesgos. Dentro de las primeras, podemos señalar que todos

los textos reunidos entregan al lector la versión más actualizada de la literatura sobre el tema que se aborda. Pero, por otro lado, se constata una falta de diálogo entre los diferentes capítulos. La discusión sobre algunas hipótesis fuertes que se plantean desde el comienzo del Tomo I queda, así como gestos, que más que dar cuenta de una preocupación, exhiben y marcan más bien el mapa de “quién es quién” hoy en el campo de la historiografía política chilena.

RENÉ JARA REYES
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE